

Izquierda y social democracia

... al fin y al cabo la socialdemocracia proporciona el único "material de laboratorio" que tenemos para diseñar políticas apoyadas por la clase obrera y guiadas por los ideales morales tradicionales de la izquierda...

...estamos en una situación en que no parece que haya otra oportunidad para el proyecto emancipatorio de la izquierda que su articulación a partir de la experiencia del socialismo democrático (M. Cabrera et al., Evolución y crisis de la ideología de izquierdas. Caracas, 1993, pp. 166-167).

El texto citado describe adecuadamente la situación de la izquierda a fines del siglo XX, especialmente de la izquierda latinoamericana. En efecto, durante la última década, muchas organizaciones de la izquierda del subcontinente han renunciado al marxismo-leninismo y se han adscrito a la socialdemocracia con el propósito de construir un socialismo democrático. La crítica acerva a dicho viraje no se ha hecho esperar, sobre todo por parte de aquellos militantes y grupos de izquierda que siguen apostando por un proyecto socialista cuyos referentes, implícitos o explícitos, son los del llamado socialismo real. La opción socialdemócrata y la reacción más o menos ortodoxa ha conducido a un *impasse* teórico y político en el seno de la izquierda, el cual no sólo expresa la fragmentación de la misma, sino su incapacidad para formular un proyecto alternativo tanto al capitalismo neoliberal como al socialismo real.

El fin de siglo encuentra a la izquierda envuel-

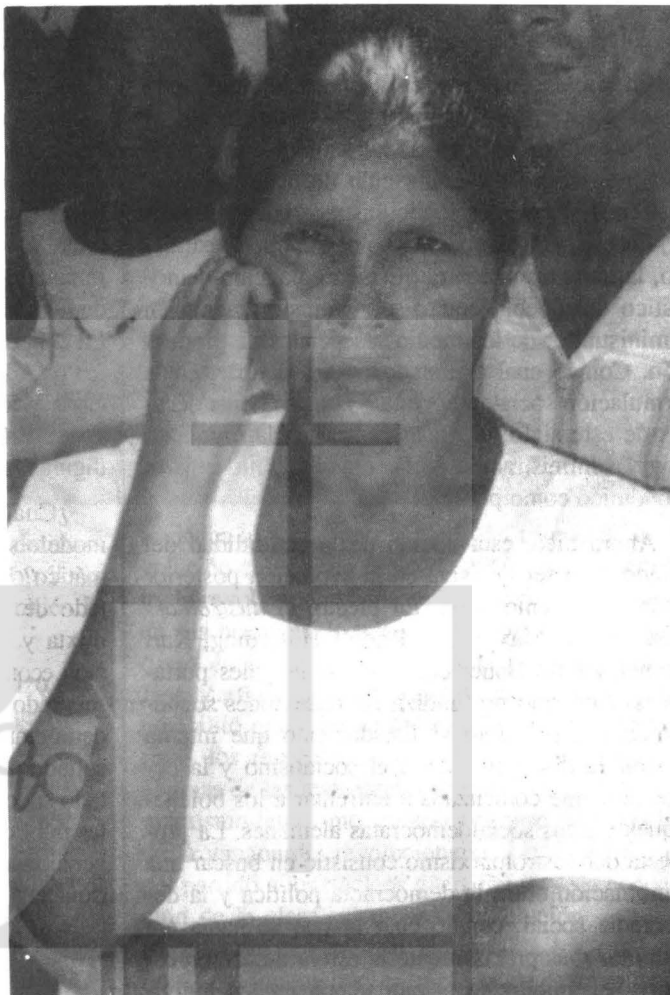
ta en una encrucijada, cuyo eje central es la disyuntiva entre el socialismo y la democracia. Empero, con todo lo novedoso que pueda parecer el debate, éste no es absolutamente nuevo en la historia de la izquierda. Hacia finales del siglo XIX, el movimiento comunista internacional se vio confrontado con ese dilema, que se decantó en dos soluciones que convivieron a lo largo del siglo XX: la vía que privilegia la instauración de una dictadura del proletariado como aspecto fundamental de la consolidación del proyecto socialista —y que fue justamente la seguida por la ex Unión Soviética— y la vía que privilegia la implantación de un régimen democrático-parlamentario como condición fundamental para la construcción del socialismo —y que fue precisamente la seguida por el movimiento socialdemócrata, especialmente el alemán.

Mientras que el modelo soviético se fundó en la incompatibilidad entre el socialismo y la demo-

cracia, el movimiento socialdemócrata buscó desde su fundación la articulación orgánica entre ambos aspectos. Una fuente de referencia clave para comprender los orígenes de la socialdemocracia es el *Programa de Erfurt* (1891), cuyas tesis principales deben mucho al trabajo teórico y político de Eduard Bernstein —el padre del revisionismo alemán— y a Karl Kautsky —el *renegado Kautsky*, según Lenin. Estos, sin embargo, no partieron de cero. Se basaron en algunas de las formulaciones que Friedrich Engels plasmó en su “Introducción” al libro de Karl Marx, *La lucha de clases en Francia de 1849 a 1850*.

Entre otras cosas, Engels sostiene en este texto que “la época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de masas inconscientes, ha pasado... Nosotros, los ‘revolucionarios’, los ‘elementos subversivos’, prosperamos muchos más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión”. Y, entre los medios legales con los que se fortalece el movimiento socialista, Engels destaca el derecho al sufragio universal que, al ser puesto en práctica por los trabajadores, no sólo “les ha traído incontables beneficios y ha servido de modelo para los obreros de todos los países”, sino que se ha convertido en un “instrumento de emancipación”. Por consiguiente, de lo que se trata es de incrementar la participación electoral de la clase proletaria y de fortalecer la lucha parlamentaria: “tal es nuestra tarea principal”.

Hacia finales del siglo XIX, la socialdemocracia apeló al llamado *testamento político* de Engels. Asimismo, éste no fue ajeno —en los últimos días de su vida— al fortalecimiento del movimiento socialdemócrata, para el cual tiene frases elogiosas, en las que destaca no sólo la importancia de la vía parlamentaria emprendida por los socialdemócratas, sino la afinidad de los mismos con documentos fundacionales del movimiento comunista internacional como el *Manifiesto comunista*, en el



que se sostiene —según el Engels del texto que comentamos— que la lucha por el sufragio universal y la democracia es una de las tareas principales del proletariado militante.

El *Programa de Erfurt* hace suyos estos planteamientos de Engels, pero los inserta en una propuesta estratégica más global para la instauración del socialismo, propuesta en la que la acción revolucionaria violenta es prácticamente desechada. Se reconoce, sí, la importancia de la lucha política como instrumento esencial para la conquista de una sociedad socialista, pero se enfatiza que la misma ha de ser electoral-parlamentaria. En la perspectiva del Programa, se trata de alcanzar el ideal socialista por medio de reformas económicas, so-

ciales y políticas repaldadas constitucionalmente a través del parlamento.

En el plano político, ello supone la ampliación de los derechos civiles y políticos, es decir, el fortalecimiento de la democracia; en el plano económico, significa la socialización de la producción, es decir, la "producción administrada por y mediante la sociedad". Ambos aspectos suponen, asimismo, la transformación del Estado en agente democrático del pueblo entero y su transformación en administrador de los medios esenciales de producción. Con lo cual el Estado pasa a ocupar, en la formulación socialdemócrata de las primeras décadas de este siglo, un lugar central en la organización y administración de la sociedad tanto a nivel económico como político.

Ahora bien, esta noción de la centralidad del Estado va a ser decisiva en la evolución posterior de la socialdemocracia. En efecto, el *austromarxismo* —con Max Adler, Rudolf Hilferding, Karl Renner y Otto Bauer como sus principales portavoces— no sólo profundiza las reflexiones socialdemócratas en torno al Estado, sino que intenta superar la disyuntiva entre el socialismo y la democracia que comenzaba a enfrentar a los bolcheviques y a los socialdemócratas alemanes. La propuesta del austromarxismo consistió en buscar una combinación entre la democracia política y la democracia social, con lo cual lo que se hacía era delimitar más precisamente la esfera de acción estatal —el ámbito de la ciudadanía de los individuos—, con respecto a lo específicamente social —la situación de los trabajadores en el proceso productivo. Así, se desplazó el centro de gravedad del Estado hacia la sociedad y se fortaleció la autonomía de los trabajadores, cuyos intereses se resguardarían a través de una compleja red de organizaciones sindicales y de consumo.

La socialdemocracia alemana y el austromarxismo —así como los respectivos regímenes políticos en que se concretaron los programas de ambas corrientes— entran en crisis hacia finales de los años treinta. En dicha crisis fueron decisivos tanto la descalificación lanzada desde las filas de la izquierda radical, proveniente del (o cercana al) bolchevismo como los dilemas y las debilidades internas del programa socialdemócrata. Empero, es

la ofensiva nazi la que terminó dando al traste con la experiencia socialdemócrata alemana y austríaca de las primeras décadas de este siglo.

Pero el impulso socialdemócrata no se agotó con el fracaso alemán y austríaco. Hacia 1931 —en el contexto de la crisis financiera del sistema económico mundial— el Partido Obrero Socialdemócrata Sueco (SAP) asumió la riendas del gobierno, iniciando así un largo período de gobiernos socialdemócratas que llegó prácticamente hasta 1976. La experiencia sueca va a ser de las más importantes para la evolución del movimiento socialdemócrata europeo y latinoamericano, en cuanto que se convertirá en muchos de sus aspectos en el paradigma a seguir.

¿Cuáles son esos aspectos que hicieron del modelo socialdemócrata sueco un modelo paradigmático? Pues bien, esos aspectos son un sólido Estado de bienestar (*Welfare State*), una economía mixta y el *fordismo* como principio de organización económica. En cada uno de estos aspectos por separado, y en la conjunción de los tres, los socialdemócratas suecos se aplicaron a fondo. Como resultado de ello, durante más de treinta años, el Estado sueco se hizo cargo de las prestaciones sociales públicas —sanidad, educación y viviendas subvencionadas—, así como de la redistribución de la riqueza a través de impuestos de signo progresivo.

Por su parte, la estructura productiva se articuló en base a la coexistencia de empresas públicas y privadas, cuyo eje principal fue el *fordismo*, es decir, el estilo de trabajo en cadena implantado en las fábricas de Henry Ford. Y este elemento fue decisivo en la consolidación del modelo socialdemócrata sueco en cuanto que hizo posible no sólo el abaratamiento de los costes de producción y la disciplina laboral, sino la contratación colectiva y la seguridad a mediano plazo del trabajador con un cierto nivel de ingresos.

El modelo sueco funcionó con éxito durante casi treinta años. Sin embargo, fue incapaz de resistir el alza de los precios del petróleo en los años setenta, que hizo colapsar la economía mundial. La crisis de los setenta no sólo puso en evidencia las limitaciones económicas del modelo socialdemócrata, sino la incapacidad política de una clase

obrero que —tras casi un cuarto de siglo de gestión socialdemócrata del capitalismo— fue incapaz de orientar la fuerza estructural acumulada hacia la constitución de un modelo socialista, más justo y solidario. La ofensiva neoconservadora y neoliberal de los años ochenta y noventa —cuyo objetivo principal es el desmantelamiento del *Welfare State* y la reprivatización de la economía— si bien se ha quedado corta en sus expectativas para acabar con el *Estado benefactor* —ya que no ha logrado barrer totalmente con los cimientos del proyecto socialdemócrata, allí donde el mismo se había implantado más sólidamente— ha generado, sí, un clima cultural —fundado en valores y opciones individualistas e insolidarias— que se ha mostrado eficaz para combatir no sólo la tradición cultural de la izquierda, sino también la creación de una nueva cultura de izquierda.

La crisis del modelo socialdemócrata hizo pensar a muchos que, al fin, la historia había terminado por dar la razón a los que apostaron por el modelo soviético. Después de casi un siglo de competencia, el paradigma soviético había ganado la apuesta. La década siguiente dio al traste con este triunfalismo. La *perestroika* y la *glasnost* hicieron que los cimientos económicos y políticos de los países del este y la URSS se colapsaran. Con ello, se hicieron evidentes no sólo las grietas estructurales que el déficit de democracia había abierto en el sistema social y político de los socialismos reales, sino la inviabilidad histórica de un socialismo que pretendía constituirse con exclusión de la democracia.

En los umbrales del siglo XXI, la izquierda se ha visto obligada plantearse de nueva cuenta el problema de las relaciones entre la democracia y el socialismo. Un factor decisivo para ello ha sido, sin duda alguna, el colapso del socialismo real, que —pese a haber mostrado su carácter autoritario y burocrático ya desde el ascenso de Stalin al poder— continuó siendo el referente histórico obligado para una buena parte de la izquierda, que vio justificada —una vez más después de la revolución de octubre de 1917— su confianza en la vía



soviética al socialismo, a partir del triunfo de la revolución cubana, en enero de 1959. Indudablemente, la revolución cubana se caracterizó —al menos en sus primeras décadas— por impulsar un *socialismo ético*, que debía más a la figura y obra de José Martí que a las de Marx o Lenin. Esta eticidad permitió que —en la práctica más que en la teoría— los revolucionarios cubanos rompieran con algunas de las tesis inamovibles de los clásicos del marxismo-leninismo, como es el caso de la noción de la vanguardia revolucionaria —que se trasladó del partido a los núcleos guerrilleros—, la concepción de la clase-sujeto de la revolución —que se trasladó del proletariado industrial a los campesinos—, y finalmente, el carácter de la revolución socialista —que pasó de ser concebida como una revolución posible, más que en los países centrales, en los países de la periferia del sistema.

Ciertamente, esta ruptura teórica y política operada por la experiencia cubana no fue del todo ajena ni a algunas de las propuestas de Lenin —por ejemplo, a su teoría del “eslabón más débil” de la cadena imperialista, con la que éste pretendió justificar la posibilidad de una revolución socialista en la Rusia de los zares— ni mucho menos de la estrategia revolucionaria seguida por Mao Tse Tung y los suyos, en el transcurso de la guerra revolucionaria que llevó al poder al Partido Comunista Chino (PCCh), en 1949. Con todo, los cubanos implantaron firmemente la noción de que en América Latina era necesario fundar núcleos gue-

rrilleros —al margen de los partidos comunistas—, capaces de llevar a cabo una guerra sistemática de desgaste contra el aparato represivo de los regímenes establecidos. De este modo, los partidos comunistas no sólo perdieron protagonismo y cayeron en descrédito, sino que las rupturas y las escisiones internas no se hicieron esperar; las mismas trajeron como resultado la proliferación de grupos guerrilleros a lo largo y ancho del continente.

Durante casi tres décadas, la izquierda latinoamericana vio reflejadas sus aspiraciones y justificado su compromiso en el modelo cubano de socialismo, que a medida que se fue consolidando fue dando lugar a una progresiva burocratización tanto del aparato de Estado como del propio partido comunista. Aunque sus defensores reconocían que el régimen adolecía de un déficit importante de democracia (política), habían terminado por aceptar que ese déficit estaba justificado si las necesidades básicas del pueblo cubano —a diferencia de lo que sucedía con el resto del continente— eran satisfechas adecuadamente (democracia social). Sin embargo, la desaparición de la ex URSS puso serios reparos a este optimismo. La enorme dependencia de la isla respecto de la ex Unión Soviética mostró su impacto negativo en la configuración de la estructura económica del país, que en la actualidad se debate en la más absoluta debacle económica. Con ello, el bienestar social básico que hasta cierto punto legitimaba la ausencia de democracia se vino abajo. En la actualidad, en Cuba no hay ni bienestar social ni democracia; la isla atraviesa no sólo por una aguda crisis económica, sino por una severa crisis política que refleja el incalculable daño que ha causado en la sociedad cubana el déficit de democracia sobre el cual estableció el sistema político heredado de la revolución de 1959.

Este déficit de democracia —que se institucionalizó en Cuba, al igual que en la ex Unión Soviética— ha estado presente en los proyectos teóricos y políticos de la izquierda revolucionaria del continente desde la década de los sesenta. El colapso del modelo soviético y los signos inequívocos de la crisis del modelo cubano en los ochenta y noventa han obligado a repensar el problema de los nexos entre el socialismo y la democracia. En

este marco, muchas organizaciones de izquierda, como sucedió a principios de siglo, vuelven sus ojos hacia la socialdemocracia, con la diferencia esencial de que el viraje efectuado por la izquierda de aquel entonces carecía de la experiencia histórica acumulada por los gobiernos socialdemócratas que posee la izquierda de fin de siglo. Esta, por consiguiente, tiene la ventaja de contar a su favor con un modelo o varios modelos socialdemócratas entre los cuales elegir, pero igualmente tiene la desventaja de cargar con el fracaso histórico parcial o total de los mismos.

En definitiva, la opción socialdemócrata antes que ayudar a la izquierda a superar problemas, le crea otros muchos. Ciertamente, le ayuda a deslindarse del socialismo sin democracia propio de los socialismos reales, pero la deja ante un modelo de gestión social, económica y política que, si bien como elaboración programática constituye un intento absolutamente necesario de integrar la democracia al socialismo, en la práctica, no ha sido capaz ni de evitar las crisis económicas ni de demostrar que —una vez consolidada la democracia parlamentaria— el socialismo esté a la vuelta de la esquina. Cuando algunas organizaciones de izquierda proclaman su viraje hacia la socialdemocracia es inevitable pensar en los modelos históricos de gestión socialdemócrata; éstos constituyen el referente principal ante el cual aquellas organizaciones tienen que definirse. Y, si su constitución es absolutamente novedosa respecto a la socialdemocracia histórica, igualmente tienen que hacer ver esos puntos de ruptura y novedad. Si no se hace este trabajo en serio, la opción socialdemócrata de izquierda no será sino una opción vacía y carente de sentido.

Finalmente, no se puede obviar que la búsqueda una nueva rearticulación entre el socialismo y la democracia en que se encuentra inmersa la izquierda la ha conducido a una profunda crisis. Para algunos se trata de un crisis que atañe fundamentalmente a la transformación de las estructuras organizativas de los grupos de izquierda, particularmente de los que se estructuraron como núcleos político-militares. Estos, en efecto, al transitar de la lucha guerrillera clandestina hacia la lucha parlamentaria tienen que redefinir tanto el carácter de

“centralismo democrático” que rigió su organización interna durante varias décadas como sus nexos con la sociedad civil, ante la que tienen que rendir cuentas si es que pretenden convertirse en instancias de representación política. Una segunda lectura de la crisis de la izquierda —y quizás la más difícil de aceptar por parte de quienes creen que a la izquierda nada serio le puede ocurrir— propone que la izquierda está atravesando, más que por una crisis organizacional, por una crisis de identidad.

En esta segunda interpretación, lo que caracterizaría a la izquierda de fin de siglo sería esencialmente la búsqueda de nuevos referentes de identidad política e ideológica, ante la quiebra de los referentes de identidad con los que tradicionalmente se orientó social, política e ideológicamente. Es esto lo que expresaría el viraje hacia la socialdemocracia, y no únicamente un mero oportunismo o un pragmatismo carente de principios.

Más aún, si las orientaciones políticas e ideológicas de los liderazgos de muchas de estas organizaciones carecen de principios, ello obedecería justamente a que los “principios” que rigieron el compromiso de izquierda durante décadas han mostrado no sólo sus deficiencias teóricas, sino su inviabilidad política. De aquí, pues, que la constitución de nuevos referentes de identidad sea el desafío más urgente que el siglo XXI plantea a la izquierda latinoamericana. Es un desafío en verdad serio, en el que intelectuales y dirigentes de izquierda tienen que pensar en profundidad. Y es que si bien es cierto que dicha crisis de identidad le va a suponer a la izquierda enfrentarse consigo misma en un proceso que no va ser del todo gratificante, las posibilidades de su renovación radican precisamente en la elaboración de unos nuevos referentes que habrán de constituirse en ruptura y crisis con su pasado.

L. A. G.

